



## EDITORIAL

---

### CONVERTIRSE AL ROSTRO DEL OTRO

La conversión es el único antídoto contra esa modalidad de esencialismo consistente en hacer de la voluntad obstinación fosilizada y fanatizadora, que al final toma la forma de una ideología, es decir, de algo rígido y acartonado, de una «creencia» más a la defensiva y **presta a la agresión** que comunicada o dialogable. En la antípoda del convertido están por una parte el fanático fundamentalista y por otra el neurótico obsesivo atenazado por el escrúpulo de no exigirse a sí mismo todo lo que exigiría la carga completa de una rigurosísima perfección: Se trata de dos variantes fóbicas de idéntico origen, que consisten lisa y llanamente en compartir un miedo pánico a no tener la absoluta seguridad de **poseer** lo que ambos dicen poseer, para cuya preservación procuran evitar todo cuestionamiento ajeno o propio, y donde el punto de vista propio, más que ayudar a vivir, llena de agobio.

Como todos sabemos, quizá por aberrante experiencia personal, no es nada extraña al hombre esta típica forma de pseudoconversión, la pretenciosa «**hiperconversión**», perfeccionismo —o defecto del exceso— donde la frágil «caña que piensa» pierde la idea de su propia limitación finita y la rechaza subrepticamente; y es entonces cuando, a falta del menor realismo, es decir, de la noción de límite, todo se inunda con un **moralismo** enfermizo que, incapaz de realismo y de discernimiento adulto, tiende a condenar cualquier acción como imperfecta o impura, incapaz finalmente del menor «yo quiero» porque todo lo que quisiera adoptaría el formato de imperfecto o impuro: Una auténtica tragedia de malformación volitiva, que S. Zweig ha expresado en «Los ojos del hermano eterno». Si todo en la vida tiene un precio, ese es el precio de una mala conversión, mala conversión que sin embargo no hace bueno el no-intento, toda vez que no intentar la conversión es renegar de la condición humana.

---

¿En qué consiste, entonces, la conversión en cuanto que categoría aplicable a todo hombre? Fundamentalmente en dos movimientos. El primero es el movimiento de la **identificación**, el segundo es el movimiento de la **asunción de la dispersión**. Veámoslos separadamente.

Por un primer movimiento, aquel que quiere convertirse desea vivir conforme a una identidad, a un modelo que él ha comprendido ser el mejor, el **auténtico**, y consecuentemente apresta con mayor o menor grado de fuerza o convicción la actividad de su «yo quiero» hacia el logro de esa identidad. El convertido sabe que es más o menos auténtico o inauténtico su caminar en la medida en que tiende o no hacia esa identidad nucleadora de su quicio vital. Esta puede haberse producido tras una experiencia puntual, en un instante privilegiado de la existencia, por el conocimiento impactante de un rostro, etc., —en suma— por algo que haya significado un cambio radical de vida; o puede haberse debido a la gota de agua que ha colmado el vaso de la cotidianidad, sin grandes signos externos, como en una silenciosa y callada maduración progresiva.

Por el segundo movimiento, aquel que tal quiere asume sin embargo la carga de su finitud y sabe que cuanto más cerca está de convertirse a lo esencial, más lejos se encuentra a la vez, más divertido o disperso. Sin embargo, asume esta fragilidad y esa propia limitación porque es capaz de encajarla y de seguir simultáneamente en el **camino** de la conversión, camino que si por algo se define es por su condición de **perfectivo**, no de perfecto o terminado, y que incluye la confesión de la limitación.

El convertido, que no es un convertido a la conversión para sacar nota en junio o en septiembre, sino un hombre que **se nota que es convertido porque hay un antes y un después en su vida, porque «ha cambiado»**, expresa así el correlato personal o interior de lo que, visto desde lo exterior, caracterizaríamos como la **revolución** (no en vano Mounier habló al efecto de «Revolución personalista y comunitaria»). No exageraríamos quizá demasiado si dijésemos que la historia de las grandes revoluciones (que no violencias) la han hecho y hacen los grandes convertidos.

## PERSONALIZAR LA HUMANIDAD

¿Qué han aportado, pues, esos hombres de especialmente valiosos? Fundamentalmente esto: **La fuerza de su «yo quiero» orientado hacia el «nosotros queremos» desde el sólido «yo te quiero»**. Han asumido, antes de que se inventase incluso como forma y expresión política, lo mejor de la democracia, a saber: la consideración del otro como un fin en sí, y no como un voto para mí, un cuerpo para mí o un obrero para mí. Francisco de Asís, por ejemplo, fue un

gran demócrata porque habló de tú —de rostro a rostro— a todos los animales, racionales e irracionales. **Ante el convertido, yo cuento, y no sólo cuento por mis ideas o propiedades, sino por mí mismo. Sé que el otro es más convertido aún cuando trata a la entera humanidad como persona de personas.**

¿Y qué hace el convertido frente al obstinado divertido, frente al voluntariamente recaitrante en la dispersión, ante el lúcidamente refinado en la disoperación? La actitud que los grandes convertidos suelen adoptar frente al malvado (hasta qué grado de humana maldad subjetiva se haya podido llegar es algo que pertenece al misterio del ser y que por tanto nunca podrá ser descifrado por nadie) podría decirse que responde a unas constantes estructurales, probablemente con los rasgos siguientes:

a) Reconocer de entrada la propia parte de limitación más que juzgar al otro.

b) Luchar contra el mal exterior que esas personas introducen dañando a otras personas, y contra las estructuras desorganizativas o caotizadoras así generadas por ellas.

c) Acoger siempre a la persona del malvado ofreciendo una posibilidad para su regeneración, que nunca se dará por pérdida de antemano. El constitutivo formal del convertido es la paciencia, sede de la caridad o de la donación.

Probablemente esa actitud de conversión sea, **Incoactivamente al menos**, mucho más habitual de lo que parece, y un primer signo o síntoma de ella lo encontraremos en eso tan trivial y para todos cotidiano que consiste en no querer hacer mal a la gente, ayudarla si cabe, y acostarse contento por haber contribuido a realizar algo de lo que poder estar medianamente satisfechos en la medida en que coincidió con nuestro modelo axiológico.

## DESAMARRARSE DEL ADOCENAMIENTO

¿Basta eso, empero, para definir una actitud de conversión? No, desde luego; esto no basta para definir una actitud de conversión profunda, más bien valdría para evitar una dispersión profunda de nuestra propia autoestima y de nuestro sistema organizativo. Pero no para revolucionar la vida, más bien para no desagregarla o caotizarla. Así pues, lo que falta en tal actitud es ese aspecto revolucionario que sólo surge de la profunda conversión, y que consiste en intentar romper amarras con lo sórdido cotidiano, en enamorarse por todo lo alto, en apostar a esa carta con unción, y en reconocer que la fuerza de ese «yo quiero» (que en el caso del creyente se sabe además y de antemano «yo querido» por el Amor) da sentido a la acción, a pesar de que nunca

se esté a la altura del querer, dada la finita condición que nos constituye y que nos decepciona permanentemente.

Si en la mayoría de nosotros tal actitud revolucionaria no se produce como nos gustaría, antes al contrario se convierte en actitud conservadora que busca, medrosa en el fondo, el tibio mantenimiento del **status quo**, ello no debería movernos a decepción, sino al ejercicio renovado y renovador del «yo quiero», ese «quiero luego existo» que quedará menos decepcionado en su paso del yo al nosotros en la civilización personalista y comunitaria. La conversión consiste en reconocer que la fuerza del «yo quiero» da sentido a la acción, a pesar de que nunca alcancemos lo querido con nuestro querer; no es converso sólo el que acierta, sino también el que desacertando puede en él más la voluntad que el desconcierto. Converso es aquel que no se deja «divertir», y que cuando cae se levanta.

Tarea irrenunciable por los siglos de los siglos, a pesar de que en determinados siglos se haya bobaliconamente confiado en una irreal transformación del hombre por medio únicamente del cambio estructural exterior, o del cambio humano interior sin el del entorno. Quizá aquella intuición fundante de san Agustín relativo a la importancia del **homo interior** y esa otra de Karl Marx sobre la naturaleza decisiva del **homo exterior** hayan sido recogidas mejor que por nadie, hasta el punto de constituir su intuición más privilegiada, por Emmanuel Mounier cuando escribía aquello que tantas veces hemos citado: La revolución ha de ser simultáneamente personal y social, o no será.

Que, a pesar de todo, haya siempre en nosotros mismos, entre nosotros mismos, y fuera de nosotros mismos, una parte de nuestro yo o un yo ajeno que ante la palabra y la exigencia de «conversión» responden con silencios de sospecha y hasta con muecas de hilarante divertimento, eso será algo con lo que tendremos que contar siempre, pero eso mismo no hará sino convencernos más aún de la necesidad de conversión: **Pauperes habebitis semper vobiscum**, es decir, siempre tendréis pobres con vosotros.

## ACONTECIMIENTO